

## D. EMILIO, MEDICO Y HOMBRE

No es mi intención al tomar la palabra en esta sesión de la Real Academia, intentar una biografía del Dr. Luque Morata, cosa, por otra parte, imposible de realizar en los pocos minutos de que dispongo, sino, sólomente, testimoniar un recuerdo. Y al hilo de esta evocación de su memoria, contrastar en su vida el ejemplo que durante toda ella dio, como médico y como hombre.

Un hombre de Córdoba, cuya condición él mismo ponía como arquetipo de un talante, de una forma de ser: «...lo que yo sea hoy o pueda ser mañana; lo que yo pueda valer, no lo soy ni lo valgo yo, que es mi condición de cordobés; la sangre cordobesa que riega mi vida, la que me mueve y la que me inspira...».

Un hombre de Córdoba que, vocado a la Medicina, hace sus estudios, primero en Granada y luego en Madrid, donde aprende de sus maestros la ciencia y el arte; la medicina y su ejercicio; la atención al cuerpo enfermo y la preocupación por un alma que sufre. De D. José Ribera habría de captar la energía, la rapidez en la decisión, la actividad constante. De D. Benito Hernando, en palabras de D. Enrique Luque, «el profundo conocimiento de lo bello del vivir».

Y con este bagaje y sus pocos años, vuelve a Córdoba tras su licenciatura, comenzando inmediatamente su actividad como médico general en el Cuerpo de Asistencia Domiciliaria, desde cuyo puesto, pronto logra una enorme aceptación entre sus paisanos, que sin distinción de clases sociales, continuamente demandan su atención médica, siempre acertada y profundamente humana.

Fue D. Emilio en este etapa de su vida, un auténtico médico de familia, figura que, al parecer, ahora se pretende inventar cuando dicho carácter socio-asistencial, quizá, fuera la cualidad predominante en los médicos de las primeras décadas de nuestro siglo.

En 1906 alcanza a formar parte del siempre prestigioso Cuerpo de la Beneficencia Provincial, siendo destinado a la asistencia médica de los enfermos del manicomio, comienzo obligado para los jóvenes profesionales que lograban ingresar en el cuerpo de élite de la medicina cordobesa. Posteriormente pasaría al Hospital Provincial de Agudos donde había de ocupar la plaza de cirujano que había dejado vacante el prestigioso D. Vicente Ortí.

Es en este momento cuando comienza a decantarse hacia la cirugía, tras su periplo médico generalista, que le había deparado un conocimiento armónico y compendiado de todos los saberes, posibles por entonces, de las distintas ramas de la Medicina. Su labor técnica de cirujano habría de tener el necesario complemento de una sólida formación clínica, precisamente en un tiempo en que las limitaciones de los métodos exploratorios, obligaba a una exhaustiva valoración de los síntomas y a una perfecta recogida de los signos, sólo posible tras magistrales exploraciones como las que D. Emilio practicaba habitualmente.

Puede asegurarse que esta formación clínica general previa, fue un firme soporte el que el Dr. Luque Morata edificaría la gran transformación de la cirugía cordobesa, que, relegando, por fin, al olvido al célebre cirujano de levita, entronizó la *legión blanca* de una cirugía más científica y moderna.

Dice D. Enrique, su sobrino y más destacado discípulo, al respecto:

«...la habilidad de las manos no era ya más que uno de los tres elementos de la formación de un cirujano, que la escuela americana invitaba a cultivar bajo el simbolismo de las tres H: *Hand, Head and Heart...*».

Y mano, cabeza y oído ponía D. Emilio en aquella «cirugía total» heroica, basada en una asepsia y antisepsia rudimentarias y en la anestesia sofocante del éter o en la clorofórmica, emetizante y sincopal. Y técnica, raciocinio y clínica, presidieron un quehacer constante, que daría como fruto una auténtica renovación de la práctica de la medicina en Córdoba, hasta el punto que como dice D. Manuel Ruiz Maya es con la figura del Dr. Luque Morata cuando realmente comienza en nuestra ciudad la medicina actual. Este papel determinante, lo resume así el referido y malogrado psiquiatra cordobés: «...rompió el tradicionalismo científico, temeroso de novedades, enemigo de todo cambio, apegado tristemente a la dolorosa quietud de una sociedad decadente (...); lo rompió de una manera suave, sin ruidos, sin violencias, rehuyendo el choque innecesario (...), hasta dejar paso libre a una nueva ciencia, más racional y verdadera...».

Esta renovación le lleva a instalar en la calle de la Madera, actual Eduardo Dato, la primera clínica privada de la ciudad, junto con los doctores Castellanos y Villegas Montesinos, este último, compañero de estudios y aventuras en su etapa universitaria madrileña; primera clínica, que sería precursora del Sanatorio de la Purísima, creado por él y por el otro pionero de la cirugía cordobesa, D. Joaquín Altolaquirre Reja, institución ejemplar que se ha perpetuado hasta nuestros días.

A esta altura de su vida, con menos de cuarenta años, D. Emilio se ha convertido ya en Córdoba en el arquetipo de médico, reclamado y querido por todos los enfermos de la capital y provincia, pues, en palabras del Dr. Luque Ruiz, «el arte de curar no puede aprenderse ni enseñarse más que hasta cierto punto. Lo decisivo es la personalidad del médico...». Y D. Emilio posee esa personalidad que se acrisola en un conocimiento profundo de su profesión, junto a su amor a los enfermos; él conoce y practica la afirmación de Paracelso: «El sumo fundamento de la medicina es el amor; arte y ciencia deben nacer del amor; si no, no logran perfección». Por eso lo quieren y prefieren los cordobeses, como escribiera D. José María Rey en febrero de 1939, en una nota necrológica:

«...D. Emilio -no más que D. Emilio- como se le invocaba cada día, haciendo de un nombre propio un rayo de esperanza, polarizado en la fe humana, para filtrarse por las mansiones del dolor, lo mismo en las estancias suntuosas que en las ringleras de camas de las Enfermerías, que en los tabucos donde los pobres esconden su miseria, y curar y sanar y consolar y animar. D. Emilio el nombre prestigioso del experto médico, abreviado así por la popularidad, desligándolo de patronímicos innecesarios, como si en Córdoba no hubiese nadie que se llamara como él, como si en el mundo no cupiera temor de confusión...».

Y ello, porque tanto en el hospital, «Calvario de sus esfuerzos y trabajos, pero también Tabor de su ascensión a las regiones de la superioridad profesional...», como en la propia casa del enfermo, D. Emilio siempre unió su ciencia al humanitarismo; su técnica a la compasión; su labor sanadora sobre el cuerpo afligido, a la curadora, más global por cuanto se preocupa de la persona en su magnífica dualidad de naturaleza y espíritu. Durante toda su vida, D. Emilio no sólo quiso *saber* del hombre, sino *comprender* al hombre, siguiendo, tal vez sin saberlo, la definitiva recomendación de Hegel: «Se persona y trata a los demás como personas», postura que, en definitiva, define una auténtica vocación humanística.

Postura humanística la del Dr. Luque Morata, que refrendaría, precisamente, en la elección del tema de su tesis doctoral leída en Madrid en 1916 y que habría de versar sobre Maimónides. El mismo explica el motivo de su preferencia en las primeras palabras de su disertación:



«...Quizá parezca extraño, que entre tantos y tan importantes asuntos como comprende el amplio campo de nuestra facultad haya escogido uno, al parecer, de poca trascendencia, en el actual momento de las grandes síntesis científicas y de la grandes transformaciones de la terapéutica.

Más sabido es de todos, la imperiosa necesidad de los trabajos críticos-biográficos, como imprescindibles auxiliares de toda erudición sólida, por el inapreciable caudal científico que aportan en el amplio campo de las investigaciones...».

También aduce D. Emilio su paisanaje con el filósofo judío, como otro de los motivos de su preferencia; pero existe alguno más, que podemos leer entre líneas en ambas biografías: su idéntica posición ante el hombre enfermo; su semejante concepto de la dignidad médica; su decidida intención de no haber tendido tan sólo a ser *nada más que un médico*, sino a ejercer siempre como *hombre médico*. En definitiva, haber hecho soporte de su profesión la primera y definitiva petición de la Ple-garia maimonita: «...Pon en mi corazón el amor a la sabiduría y el amor a tus criaturas...».

Maimónides, *el médico de Córdoba*, como reza el título de una afamada novela histórica de nuestros días, es el motivo de la tesis doctoral de D. Emilio Luque, más genuinamente *el médico de Córdoba* por cuanto en ella discurrió toda su vida profesional.

Una vida, al decir del Dr. Ruiz Maya, «...sin borrascas, sin fulgores de relámpago, deslumbradores pero fugaces; serena, perpetuamente llameante como la lámpara de un templo...». Una vida dedicada al trabajo, en el que encontró siempre la íntima razón de su existir: «el trabajo alimenta mi alma...», solía asegurar, incansable, en tanto que compartía su abnegada atención a los enfermos con sus diversas aficiones, la lectura, la astronomía, el cuidado de sus flores...

Córdoba siempre le ofreció cariño, respeto y reconocimiento, unánime sentir que sería recogido por el Ayuntamiento de la ciudad, haciéndole figurar entre sus hijos predilectos. Con estas palabras se refería a dicho nombramiento el, entonces, alcalde, Dr. Gimenez Ruiz, en su discurso de contestación al de ingreso en la Academia de Ciencias Médicas de Córdoba, de D. Enrique Luque Ruiz:

«...Hace aproximadamente tres años, desde ese sitio que preside los destinos de Córdoba, yo tuve un minuto no más, en que me consideré digno de él y de su representación, cuando puse mi firma en aquel pergamino, que es una de las obras más justas de Córdoba: nombrar Hijo Predilecto de la ciudad a D. Emilio Luque Morata...».

Pero, a pesar de ésta y otras distinciones recibidas, D. Emilio continuó, en palabras del Cronista Rey Díaz, «...enamorándose de su misión y prendándose de «su» Hospital, pensando que la sala era capilla y el quirófano, altar para officiar allí, con fervor, cada día, haciendo oblación devota de actividades y talentos, de energías y recursos, de privaciones y sacrificios...».

Y así, hasta la madrugada del 15 de febrero de 1939, momento en que se truncó su vida, cuando contaba 63 años de edad... Había muerto *el médico de Córdoba*. Y la ciudad entera evocó su recuerdo y lloró su pérdida. Evocación y llanto que quedan magistralmente expresados en una editorial escrita por aquellos días en su diario local. Se titula *El Doctor muerto* y dice así:

«...Todas las mañanas, el doctor entra por las salas del hospital, prodigando frases de consuelo a sus enfermos. La noche, larga, se ha trocado en un día de sol radiante y el doctor es también, hecho optimismo, un sol que baja al fondo del pecho de los que sufren. Sonríe a unos; alienta a otros; anuncia la salud plena y cercana a los vacilantes. Son los ojos y las manos de los que padecen los que se dirigen al

doctor, que va entre los lechos deteniéndose con amor paternal y evangélico. Y son los labios los que imploran una esperanza: ¡D. Emilio! ¡D. Emilio!

El doctor atiende, aconseja, receta, indica, presagia. Y siempre su sonrisa de milagro y de ilusión. El doctor es un sacerdote; ha hecho de su profesión ese sacerdocio que consiste en paliar el dolor físico, al mismo tiempo como la ciencia de su sabiduría. Por eso prodiga esa palabra llena de calor, de afecto, de cordialidad y de cariño. El sabe que cuando el cuerpo sufre, sufre el alma también con la desilusión y la duda. Por eso acude con su ciencia al cuerpo y con su voz paternal, serena y grave, al alma que tiembla aterrorizada, soñando en la vida que se le escapa.

Luego en el quirófano, el doctor vestido de blanco, lleva el milagro de sus manos a las carnes abiertas y doloridas. Así va restañando la sangre; jugando el acero sobre el que yace entregado a su experiencia noble, a su gran misión de dar la salud al que no la tiene. Y es también allí el doctor, sacerdote que oficia, alma elevada a la altura, aislado de las torpezas del mundo, ajeno a las pasiones; espíritu que vuela sobre las miserias terrenales para comunicarse, a su modo, con Dios, que manda el amor entre hermanos, cada día, cada instante, en todo momento de la vida fugaz.

¡Maravilloso doctor, alma encendida en la tarea de enjugar llantos y hacer callar el dolor del prójimo! Ya los enfermos no han de ver su consuelo, lecho tras lecho, porque la muerte, aquella que él contuviera tantas veces con sus manos y su pensamiento, se apoderó de su cuerpo una madrugada triste de recordar. Nos queda la noble lección de su ejemplo, caballeroso cordobés de las generosidades silenciosas. Y la enseñanza de su vida cincelada y llena de luz, sin una obscuridad, sin una sombra.

Y nos queda la admiración de ver como se puede vivir y morir con el amor de todos, sin un odio, sin un rencor ni una pasión que nos aceche ni conturbe. Como viven y mueren los sabios y los santos. Nadie más».

Pero D. Emilio vive aún; vive en el recuerdo de los que le conocieron y en la imaginación de los que, sabiendo su obra, decidimos un día tomarlo por ejemplo casi inalcanzable. Y pervive fundido en bronce, en una recoleta placita que lleva su nombre, ataviado con la bata que trae recuerdos de quirófano y rodeado de parterres con flores que, quizá, quieren simbolizar el amor con que supo cuidarlas durante su vida. Curioso quehacer el de unas manos, hechas para acariciar pétalos de rosa y para tocar el palpitar de una vida, pendiente de su habilidad quirúrgica.

Ese momento premia, a mi modo de ver, las virtudes principalísimas que le adornaron en su vida: su cordobesismo, su práctica médica absolutamente humanitaria y humanística y su buenhomía, palabra con la que el maestro Laín quiere indicar esa buena nacerencia que preside toda una ejecutoria. Ahí quizá radique la inmensa popularidad que alcanzó entre sus contemporáneos porque, como ha escrito D. José María Ortiz Juárez, «...la popularidad del hombre de ciencia no es el descenso de lo científico a la vulgaridad, sino el ofrecimiento de lo científico en beneficio de los demás y ésta es, precisamente, la obra óptima del buen médico». D. Emilio lo fue y por eso recibió el premio que nos prometía Séneca: «Aquél que cifra en lo honesto todo bien, halla la bienaventuranza en sí mismo...».

## BIBLIOGRAFIA

*Diario Azul*, «Editorial», Córdoba 16, febrero, 1939.

*Diario Azul*, «El Doctor muerto», Córdoba 16, febrero, 1939.

Fernández Dueñas, A., «Emilio Luque Morata», *Revista Salud Rural*, Madrid, diciembre, 1984.

Giménez Ruiz, R., Contestación al discurso de ingreso de D. Enrique Luque Ruiz en la Academia de Ciencias Médicas de Córdoba, Tipografía Artística, Córdoba, 1934.

Luque Morata, E., «Consideraciones sobre Medicina Social», *B.R.A.C.*, n. 5, Córdoba, 1923.

*Moises-Ben Maimón (Maimónides): estudio biográfico-crítico*, imprenta El defensor, Córdoba, 1918.

Luque Ruiz, E., «Al margen de una biografía», *B.R.A.C.*, n. 53, Córdoba, 1957.

Ortiz Juárez, J.M., «La popularidad de D. Emilio Luque», *Diario Córdoba*.

Rey Díaz, J.M., «D. Emilio», *B.R.A.C.*, n. 53, Córdoba, 1957 y *Diario Azul*, Córdoba, 18, febrero, 1939.

Ruiz Maya, M., Contestación al discurso de ingreso de D. Emilio Luque Morata en la Real Academia de Ciencias, Bellas Letras y Nobles Artes de Córdoba, imprenta La Comercial, Córdoba, 1923.

Angel FERNANDEZ DUEÑAS